



Latitud 27

Revista de artes y ciencias sociales

Universidad Nacional de Santiago del Estero

Nº 1, Invierno 2022, Santiago del Estero, Argentina

<https://latitud27/unse.edu.ar>

El hacha como herramienta y símbolo de poder en la historia cultural de Santiago del Estero

Alberto Tasso *

A Fabiola Orquera y Luis María Rojas.

Me propongo explorar las aplicaciones prácticas y simbolismos atribuidos al hacha en diferentes momentos de la historia de la actual provincia de Santiago del Estero, en el norte de Argentina. Confeccionada con distintos materiales y diseños, el hacha siempre aparece formando parte del repertorio tecnológico y la vida cotidiana, aunque con diferentes aplicaciones funcionales y simbólicas, asociada a complejos mecanismos de poder. En las diferentes fases de la modernidad, el hacha continuó siendo ampliamente utilizada, con grandes variaciones y sucedáneos, ya despojada de algunos atributos anteriores pero con otros nuevos: símbolo del progreso por un lado, y paradigma de la explotación por otro. La comparación de los momentos analizados permite sostener la hipótesis de la perduración de su poder simbólico como atributo del mando absoluto del gobernante, característica de la política provincial a lo largo de los últimos siglos, ya señalada por otros autores. De este modo se observa una larga duración de los significados y el complejo rol de un instrumento con dos caras: medio de vida en manos del hachero, medio de autoridad en las del gobernante. El hacha, pues, permite un amplio recorrido por la historia de la tecnología, la religión, la economía y el sistema político.

El problema

A la búsqueda de un objeto cultural que pudiera reflejar el paso del tiempo –como el calidoscopio lo hace con la luz- encontré en el hacha un buen ejemplo de “fósil guía” que pudiera ser rastreado en diferentes momentos de la historia, que al mismo tiempo mostrara la supervivencia de su uso y del imaginario que suscitaba. Elegí como ámbito geográfico para esta indagación al territorio de la actual provincia de Santiago del Estero, en el norte de Argentina, cuyo poblamiento originario se extiende, al menos, durante 1500 años anteriores a la invasión conquistadora española.

Como muchas otras sociedades americanas, la santiagueña proviene de una pluralidad de culturas –americanas, española-lusitana, africanas-, y aún tiene huellas de la subordinación que la extraña impuso a la preexistente, así como a las que trajo en su reemplazo. Dominar la resistencia fue necesario para el control social colonial, y el sistema político que surgió entonces tenía su centro en la autoridad absoluta del gobernante. La autoridad, el mando y sus formas de ejercicio, los rasgos personales de sus responsables, así como sus excesos, han sido un tema recurrente en la historia, la sociología y la ciencia política en esta provincia, no menos que en el cotidiano y la prensa (cuando la había), a lo largo de toda su historia independiente.

Es en la literatura reciente donde encontré las primeras referencias a este fenómeno: algunos autores abordaron el tema del “autoritarismo” durante los gobiernos de Carlos Juárez. En una perspectiva de dos siglos, Zurita (1999) identifica distintos momentos del poder político local, llamándolos “configuraciones hegemónicas”. Dargoltz (1980, 1992) plantea las consecuencias de las políticas que alentaron el saqueo del bosque y la explotación de la fuerza de trabajo en el

* Biblioteca Olmos Castro – Barco Edita. Correo: yleret@gmail.com

obraje. En su rastreo del uso del “personalismo” como término socio-político, Lavaisse (2014) propone otro abordaje del problema, centrado en el sujeto, el lenguaje y la mirada de los otros.

Algunas de estas líneas de trabajo tienen un fuerte énfasis en la descripción del presente, por lo común desde un ángulo crítico, pero pocas veces se han detenido en el análisis de la literatura de períodos anteriores. En este artículo abordaré algunas obras aparecidas en el período 1900-1940, que pueden contribuir a una ampliación de la perspectiva sobre el fenómeno en estudio. En la interpretación de tales fuentes, el hacha aparece como eje o *leit motiv* del argumento.

En este artículo examinaré algunos momentos del extenso tiempo involucrado, comenzando por el más remoto y concluyendo por el presente. No se trata de una verdadera serie, pues son visibles las discontinuidades entre algunos momentos, y las diferencias entre las sociedades respectivas. La información utilizada proviene de distintas fuentes según los momentos: datos de arqueólogos, historiadores y sociólogos, así como mis propias observaciones y entrevistas. Es desigual el tratamiento dado a las distintas etapas, estando aún inconclusas las más recientes.

El hacha de piedra y el poder de los dioses

1901. Juan Bautista Ambrosetti. “Noticias sobre la alfarería prehistórica en Santiago del Estero”, “Hachas votivas” y “Viajes de un murrango”. Este autor nos permite acercarnos a la factura y la simbología del hacha de piedra en las sociedades originarias de la región. Los arqueólogos denominan “bifaz” a un hacha primitiva tallada en piedra mediante golpes laterales sesgados que definen un borde filoso. Aunque se trata de un instrumento simple, de una sola pieza, su elaboración no lo era tanto. Las experiencias actuales en la “traceología”, o estudio de la técnica de trozado de rocas, muestran el número de golpes que necesitaba este laminado progresivo de ambas caras, para lo cual eran necesarios otros dos instrumentos: un cincel y una maza (o martillo) manual, también de piedra.

Pasarán varios siglos hasta que, con la llegada del neolítico, el hacha cobre un significado social distinto al anterior. En paralelo con la difusión de la horticultura, la alfarería y la formación de aldeas estables marca un gran cambio respecto a las etapas anteriores. Ha crecido la economía y la capacidad de aprovechamiento de los recursos, a los que se agregan los avances en la domesticación de animales. El desarrollo de la técnica de la cacería es también un ejemplo de la creciente división del trabajo y la cooperación de un alto número de operarios. Esto es también presumible en el complejo de la alfarería, la urbanización y el movimiento de tierra necesario para canales y represas. Las investigaciones arqueológicas muestran que desde el año 400 se observa en varias regiones de la provincia el crecimiento de pequeñas sociedades agroalfareras, producto quizá de la progresiva unión de clanes diferenciados que bajo la institución de asociación de mitades alcanzaron el dominio local de al menos un pequeño territorio.

Ahora apreciamos el papel del hacha en la conformación de esta naciente sociedad de distintas parcialidades, a nivel de tribus o naciones, que con diferentes lenguas y propósitos se instalaron en la Mesopotamia santiagueña. Este instrumento aparece en esta etapa como un símbolo del poder del gobernante, que pasa sucesivamente de jefe de clan a caudillo local y luego señor regional, pudiendo resumir el cacicazgo estas crecientes y complejas misiones del cargo directivo. No está clara aún la forma en que esta función dirigencial se divide en un rol propiamente de mando político y militar, reservado al cacique, y otro religioso, ceremonial y terapéutico, a cargo del chamán o chamana. Esta división de funciones se observa aún en pueblos de origen guaycurú en el Chaco.

El hacha como instrumento en manos del que manda nos hace saber de otras implicaciones que las meramente utilitarias que antes describimos. Leemos a Ambrosetti (1902, 1963) que en su análisis de las hachas “votivas” encontradas en la llanura pampeana nos ayuda a comprender el valor simbólico de este instrumento. Al analizar tres hachas de piedra (bifaces) halladas en Chubut, Río Negro y Salta observa que han sido muy bien talladas, pero nunca utilizadas como tales. Una de ellas tiene una línea incisa en zigzag en sus costados. Deduce que este instrumento debió tener una gran importancia para merecer tanto trabajo, y lo explica diciendo que no estaba dirigido a su utilización instrumental de mera hacha, sino como símbolo de un poder que debió estar presente en el ceremonial, como atributo de mando.

Clima y política

Dos referencias pueden complementar la conclusión de Ambrosetti. La primera la proporciona él mismo: “Cuando hay una tormenta muy fuerte y temen rayos, (los pobladores del valle Calchaquí) suelen desenterrar el hacha de piedra que conservan de sus antepasados, y colocan su filo hacia el cielo” (op. cit.).

La línea en zigzag representa en el hacha el poder del rayo. Capaz de fulminar en un instante, el rayo y el hacha están asociados para demostrar el poder del gobernante, que también estará a cargo de administrar la justicia, así como deberá elegir entre la paz o la guerra, según los casos: recordemos la práctica de tener el hacha enterrada como símbolo de paz, y de desenterrarla en el caso opuesto. En el mismo texto, un fragmento de cerámica de una urna hallada en Catamarca muestra la imagen de un jefe sosteniendo en su mano izquierda un hacha ceremonial, unida a tres cuchillos en el lado opuesto a su filo. De su cintura cuelga una cabeza con signos de haber sido quebrada.

Wagner y Wagner (1934) hallaron también hachas de hierro y bronce que propusieron varios interrogantes a los arqueólogos y dieron lugar a una rica discusión que aún no ha concluido, en una región en la que la metalurgia era incipiente (Reichlen 1940) o inexistente. Son de diseño y fabricación andina, probablemente entregadas por funcionarios del incario a jefes territoriales locales en reciprocidad por sus servicios; en cualquier caso, los “tokis” son símbolos de poder. Fueron estudiadas por el arqueólogo noruego Absjorn Pedersen hacia 1940-45, y recientemente por Carlos Angiorama y Constanza Taboada (2010), que infieren de su presencia las huellas del vínculo de un señorío local con los representantes del estado andino, que aparece antes de los incas, se intensifica durante su mando, y crecerá aún más en el posterior período, llamado “inca-colonial”.

En cualquier caso, su presencia es denotativa de relaciones económicas y alianzas políticas, de migraciones e intercambios demográficos, lo que supone la existencia de caminos (Castiglione 2015) y afianza la hipótesis de vínculo crecientes entre los nacientes estados locales –en especial el del río Salado- y la gran región política del Tahuantinsuyo, admitida por estudiosos de distintas disciplinas.

Los conflictos coloniales

1546 a 1600. Los primeros 50 años de la colonia ofrecen un repertorio variado de conflictos entre los principales dirigentes españoles que se sucedieron. La ley prescribía el juicio de residencia para quienes cesaban su mandato; entiendo que fue realizado de hecho por el gobernante que seguía, que utilizó calabozos, grilletes, asesinato, sin desdeñar el ostracismo y el juicio inquisitorial.

La crítica al modelo político-económico

1900-1907. *Baltasar Olaechea y Alcorta: “Crónica y geografía de Santiago del Estero”*. Propone la teoría del “fenómeno atávico”, según la cual desde la autonomía provincial lograda en 1820 los gobiernos despóticos se sucedían aproximadamente cada treinta años. Se detiene en Ibarra, Taboada y un tercer gobernante a quien no nombra (A. Rojas), ya que por prudencia detiene su crónica en 1875. Utiliza los términos “absolutismo” y “nepotismo”, tema que más tarde será tratado como “gobiernos de familia”.

El hacha como símbolo de la civilización

1907. *Ricardo Rojas: “El país de la selva”*. Heredero del período del 80, procura rescatar del olvido tradiciones, costumbres, personajes y leyendas propias del país que quedaba atrás, el de la selva, frente al del progreso, que con el hacha civilizadora abatiría el último quebracho y terminaría con el reinado del Zupay. En su poema “Hachas, cantad...” idealiza y ensalza al obraje, y admite que el hachero es el indio domesticado. Aunque visto como un costumbrista, Rojas es un pregonero del progreso del “hombre blanco” (cfr. Rudyard Kipling “La pesada tarea del hombre blanco”, J.P.Feinman, Página 12, 2014).

Identifica en la historia de la provincia “tres personalismos sucesivos: Ibarra, Taboada y Rojas”. El último era su papá, que con las leyes de conchabo había puesto las esposas de la ley a los trabajadores rurales varones: si no tenía patrón que le firmara la libreta, iba al servicio público, que puede ser leído como una mita reinstalada.

El hacha como símbolo de la explotación y el despojamiento

1918. *Carlos Abregú Virreira: “La vida del peón en los obrajes del chaco-santiagoense”*. Primera descripción conocida de la vida del hachero. Con tono literario naturalista.

1934. *Bernardo Canal Feijóo: “Nivel de historia”*. Relee los períodos señalados antes por Olaechea y Alcorta y Rojas, aunque sin aludirlos, y los refiere como “Tres anécdotas”, que serán Ibarra, Taboada y, simplemente, “la tercera”, a la que atribuye la frustración del presente, la promesa incumplida, y la pérdida del paisaje.

1937. *Orestes Di Lullo: “El bosque sin leyenda”*. Más crudo aún será el relevamiento de este autor, una descripción sociológica del obraje y el proceso productivo, en la que no deja de resaltar la faz humana del hachero y su deterioro físico y cultural.

El hacha y sus significados en la sociedad contemporánea

Quedan asociaciones por hacer entre el rayo, el poder del gobernante, y el hacha del obraje. En el informe de Ambrosetti, el rayo de Catequil es grabado como símbolo de su poder en las hachas de piedra de los jefes locales en el período prehispánico. No son pocos los gobernadores del período colonial que mostraban su amplio poder ante propios y extraños, a saber españoles y nativos. Ya en el comienzo de vida independiente, Ibarra representa el poder absoluto, tal como lo describe Olaechea y Alcorta. En los últimos treinta años del s. XIX el poder del Estado Nacional ha triunfado sobre el Provincial, y la Argentina eurocéntrica sobre la nativa. Rojas da cuenta de esa transición, asignándole una gran importancia al hacha, que él ha cantado lírica y políticamente. Es el “hacha civilizadora” y al mismo tiempo el instrumento de trabajo que servirá para domesticar al vencido.